MELINA

Don Laureano

Capítulo 1

Me daba mucha pero mucha vergüenza cuando mi mamá se asomaba al final del edificio donde vivíamos, que daba a ese inmenso patio hecho potrero bajo árboles, y de una manera descarada, sin un gramo de pudor, me gritaba adelante de todos los pibes del barrio: "¡Matiiiiiii, vení a tomar la leche!".

Y yo, que me hacía el sordo y seguía jugando, no sabía dónde meterme; deseaba hundirme debajo del polvo que volaba por esas tardes.

Ese condenable grito era el único que me daba vergüenza a los 12 años en 2003. No me daba cosa romper hielos, y mucho menos si tenía que tocar el timbre a algún vecino desconocido para que viniera a jugar (por jugar) a la pelota.

Pero cuando escuchaba esa voz finita y aguda de mi mamá por segunda y tercera vez, no me quedaba otra. Mis propios amigos me decían: "Dale, boludo, andá a tomar la teta y después vení a jugar". Encima eso, ni siquiera me decía "vení que te quiero decir algo", como para disimular un poco, o "vení a tomar el té". No. Nada de eso. "Veniiiií a tomar la leche", chillaba. Porque era así, ¡eh!. Chillaba con énfasis en la "i" cuando decía "vení", y el pequeño macho futbolista que había en mí, se desmoronaba por un tobogán de sofocación.

Para colmo justo en el momento en el que mi mamá aparecía para pegarme ese mayúsculo grito, los picados estaban en su mejor momento, bien calientes, con patadas sin cobrar (obviamente), tiros en los palos (los palos eran los árboles), discusiones entre los pibes y los más grandes, entre otras aventuras algo ásperas.

Hubo un día, como tantos otros, que mi equipo iba ganando y encima, con uno menos. En una de esas, Beto Piazza tocó la pelota con la mano en el área imaginaria y, obviamente era penal. Agarré la pelota para patear desde los doce pasos y me hice el Riquelme. Siempre me gustaba hacerlo. Quería ser él. Yo era él en mi relato interno. Me encantaban sus pisadas, su panorama de juego, su forma de andar, sus gestos, cómo cubría la pelota, cómo bailaba con ella. Era mi ídolo; lo quería más que a mi madre.

Y en eso, cuando me paré con las manos en la cintura como lo hacía él, ya listo para patear, ya sabiendo dónde la iba a colocar, ya soñando en La Bombonera, apareció el bendito el grito de mi vieja: "¡Matiiii, vení a tomar la leche!”. "Ahora voy", le grité con bronca, con firmeza, mientras los pibes se reían.

Yo me mordía los dientes de rabia, casi que me salía espuma por la boca. Después, ya no quería ser Riquelme porque no era el momento. Opté por Palermo y le dí con todo, fuerte, arriba y al medio. Fue gol porque El Nahue ni la vio. Pero le di con tanta pero tanta ira que la pelota pasó por arriba de las rejas del fondo, cruzó la calle, picó y cayó en el patio del Guapo. Los pibes me querían matar.

Guapo era un Dóberman hambriento a toda hora. Y cada vez que la pelota caía en ese patio, sabíamos que era un juguete para que el perro lo despedazara entero.

Con bronca por ser el mamero del barrio y porque si no iba a tomar la leche, mi mamá me castigaba con la prohibición de seguir jugando, solía irme cabizbajo y apurado al departamento a tomar mi mate cocido con leche. "Dale, tomá la leche y después vas a jugar", me decía mi mamá para calmar mi cara de enojo. "Mirá, te hice pan con manteca y dulce de leche para que tengas más fuerza en las piernas", me persuadía. No obstante, cuando volvía a la canchita, ya nada era lo mismo. El partido ya había terminado y algunos pibes se habían ido a sus casas. Y yo me culpaba por ser el primero en desarmar el picado.

Pero aquel día me cansé. "A la mierda con tu leche", me dije y no fui. No quería más ser el nene de mamá, porque ya era grande. Tampoco estaba bueno que Irene, una morocha pecosa y preciosa con quien aprendí a tranzar, me viera en esa situación vergonzosa, poco varonil, poco hombre. Quería ser macho y continué jugando sin culpa, pero como Guapo hizo migajas la pelota, Juampi, un vecino petiso que vivía a una cuadra, tuvo que ir a buscar la suya. Y yo volví a jugar a ser Riquelme.

En eso aparece mi mamá (otra vez) con su frase hecha clamor y le dije: "No voy una mierda. Dejáme jugar. Más tarde voy a comer". "Bueno, ni te aparezcas por casa", me dijo. No le dí importancia.

Ese día, cuando la noche nos invadió, los pibes se empezaron a ir a sus casas. Alan y Emir, que eran los más independientes, siempre se quedaban hasta lo último. Y como mi orgullo me recordó que estaba enojado, yo también me quedé a jugar (por jugar).

No fui un carajo a cenar a mi casa y me fui a lo de Emir e Irene, que eran hermanos mellizos, a comer y a jugar a la Play. Me bañé. Ire preguntó si me podía quedar a dormir (con la condición de que dormía con Emir), y los viejos, que les dejaban hacer todo a ambos, asintieron. El padre se la pasaba leyendo y la madre pintaba cuadros, o algo así. Además, me hacían sentir cómodos; y yo usaba el pijama de Emir porque éramos del mismo talle.

Cuatro de la madrugada. Larga noche de películas, más playstation y algunos besos respetuosos. Teníamos algo de sueño. Nos fuimos a

acostar; yo con Emir en la misma cama e Irene en la suya, en su habitación. A los quince minutos Emir ya roncaba como un condenado. Me puse a jugar a la viborita con mi Nokia 1100 y lo puse en vibrador por las dudas.

"¿Qué hacías", leí en el mensaje de texto de Ire."Tu hermano está en el quinto sueño y yo estoy jugando a la "viborita" para dormirme. Tkm", le escribí, algo sorprendido.

"¿Venís a dormir conmigo?", me dijo, y al lado, puso una sigla que me hizo calentar el alma. Dos puntos Pe. ¡Dos puntos pe! ¡Me puso dos puntos pe!, me dije ansioso.

Con mucho cuidado, descalzo para no hacer ruido y repleto de adrenalina, me metí debajo de las sábanas con Irene. En lo menos que pensaba en ese momento era en mi mamá y sus gritos desopilantes. Nos besamos como si fuese una novela del trece. Nos abrazamos y nos acariciamos.

La respiración, cada vez era más fuerte; sentía mis pulsaciones aceleradas y noté las de ella en su lengua aguada y con gusto a pasta dental. Fue un momento raro porque ambos no sabíamos qué hacer. Era nuestra primera vez en una situación así, tan caliente, tan transpirada, tan nueva, tan temerosa, tan adolescente, tan todo. Comprendí, entonces, que mis er1ecciones tenían corazón. En eso, toqué su glúteo por adentro del pantalón y tranzamos más que nunca. Abríamos la boca como si fuéramos muertos de hambre, nos mordíamos sin querer, chocaban nuestros dientes, teníamos saliva en casi toda la cara; un desastre, pero no nos importaba. El silencio estaba caldeado, aunque de fondo se escuchaba a Guapo ladrando, en la otra cuadra.

"No puedo más", le dije a Ire. "Yo tampoco", me dijo, y nos volvimos a besar y a abrazar. Se sacó su remera y yo la mía. Intenté hacer lo mismo con mi pantalón corto pero en ese momento, justo en ese preciso instante, sonó el timbre. Abrí los ojos, nos enfriamos, y me fui corriendo al baño. Ante cualquier sospecha de Emir o de los padres de que estaba a los lengüetazos con Irene, el baño era la excusa ideal. Todavía se escuchaban los ladridos de Guapo.

El timbre volvió a sonar y pensé: ¿Quién será a esta hora de la madrugada? El padre bajó con su pijama y todo despeinado.

"¿Quién es?", dijo él precipitado."La policía", dijo un tipo del otro lado. "Estamos buscando a un niño de 12 años, morocho, contextura delgada, pelo corto, no más de un metro cuarenta de altura. La señora Melina, la madre, está desesperada y cree que lo pudieron haber raptado. Estamos golpeando todas las puertas del barrio".

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me miré al espejo y me rasqué la cabeza no sé cuántas veces, tenía los pelos de punta. ¿Qué mierda hago?, me dije. La odié a mi mamá más que nunca. ¿No me podía haber mandado un mensaje de texto, esta pelotuda, o una llamada aunque sea?, pensé. ¿Me iban a llevar a declarar? ¿Iba a estar preso por mentirle a mi mamá? Arruiné mi vida, la puta madre. Qué van a decir en el barrio. Menos mal que mi papá está en Tandil, sino me mata, pensé.

"Ah, oficial. Está acá. Mis hijos son amigos de él. Vino a dormir. Ahora lo despierto y le digo que vaya. Mil disculpas, los chicos, vio cómo son, me dijeron que le habían avisado a la madre", titubió mi suegro de esos días.

Salí del baño. Las luces estaban prendidas. Emir no entendía nada, e Irene se hacía la desentendida. "Me dijiste que le habías avisado a tu mamá, boludo", me dijo con una sonrisa comprensiva el padre. "Perdón, no quise causar este problema", alcancé a decirle antes de lagrimear como un chico. Detrás del patrullero estaba Melina pálida y llorando. Vino, me abrazó, me agarró fuerte de la mano y me preguntó si estaba bien. Le dije que sí, que como ella me había dicho que no fuera a comer a casa, opté por hacerle caso e ir a lo de Irene y Emir. "No vuelvas más a hacerme esto", me dijo, algo angustiada."Y vos dejame jugar a la pelota tranquilo. Cuando tenga hambre, voy a ir a casa a tomar la leche", le marqué y seguí. "Me hubieras llamado. ¿Cómo vas a pensar que me raptaron?", le reclamé.

El silencio se apropió de todo. Guapo dejó de ladrar.

Al otro día, otra vez a la canchita con los pibes. Quise ser Riquelme perpetuamente.

Por la tarde, a la hora de la merienda, ya nadie se asomó al final del edificio para gritarme que fuera a tomar la leche. Sentí, entonces, que jugar por jugar era una linda libertad.